

luta y podía considerar el universo como si á cada paso naciera arte él, cargado de dramas y sonrisas.

Un día, caminando por una calle en pendiente que terminaba en el Meuse (era un hermoso día de oro y llamas) oyó tras sí un gran tumulto, atravesado por los agudos sonidos del pífano. Hombres, mujeres y niños, con paso guerrero, en una furiosa confusión de clamores y gestos, acompañaban una tropa militar.

Shakespeare reconoció al pequeño Lucas.

—¡A dónde vas?—le gritó, arrastrado también por el torrente.

—A ver matar á los asesinos! Ven, que será hermoso!

Eran los españoles sorprendidos en el vado de Middelburg, á quienes se conducía al suplicio. Negros, fieros y flacos, atadas las crispadas manos tras la espalda, entre dos dobles filas de Mendigos armados de mosquetes y picas, marchaban decididos á la muerte. Se les había disfrazado de tocados grotescos y puntiagudos que parodiaban la Inquisición. La vista de aquellos odiosos símbolos excitaba el odio de la multitud. Pero sus rostros rudos permanecían impassibles, y William grabó para siempre en su memoria sus sombrías miradas de acero brufido. Siguió al populacho. La rabia y la alegría asomaban en todas las caras. De todas las calles vecinas llegaban corriendo los retardatarios.

—Mueran! mueran! mueran los piratas!

Y en el aire cálido alzabase un crispamiento de puffos. De las ventanas, abiertas bruscamente, caían gargajos y ultrajes. Los perros aullaban, las campanas sonaban, y el pífano rimaba ese estruendo.

Cuando la cohorte llegó al muelle ancho, espacioso, resplandeciente, hubo un remolino, el círculo se cerró. Entre las altas siluetas de los mástiles aparecían las praderas verdes de la otra orilla. Una voz fuerte ordenó el silencio. Unidos y ligados por cuerdas, en pleno sol, en el centro de un espacio dramático, oyeron los españoles, con sonrisa despreciativa en los labios, la sentencia leída por el escribano, hombre semi-hercúleo, de cara plácida, quien se embrollaba en las fórmulas y de-

finiciones jurídicas. Por el azar de las cosas, entre el tumulto, Shakespeare se halló en primera fila. Sus ojos recorrían el conjunto numeroso y hervidor. Algunas mujeres casi ahogadas entre los gruesos vientres de los burgueses, alzaban, para que vieran el espectáculo, á sus hijitos. Muchas de ellas extendían el cuello con una expresión de cólera ávida, y sus ornamentos de oro chispeaban. Tras aquellas cabezas se escalonaban otras, curiosísimas, rencorosas, cubiertas de sombreros, tocas ó gorros, graves, descoloridas ó sanguíneas, completamente semejantes á esas caras oscuras en el área del suplicio. Muy próxima á él vió William á Eva, su lindo talle, su piecicito saliendo algo de la saya de terciopelo verde y su nuca blonda. Al inclinarse la joven, vió él sus miradas llenas de una luz feroz.

Adelantó el verdugo, seguido de sus ayudantes, quienes instalaron minuciosamente una serie de aparatos complicados, que brillaban á la luz de un sol implacable. Era un mocetón vestido de rojo y negro, con un cinturón del cual pendían cuchillos y útiles de madera. William miraba fijamente sus enormes manos, sus manos expertas, conductoras de dolores y vertedoras de sangre y amasadoras de agonía. Contemplaba sus ojos redondos, sin impresión, cerrados á toda emoción; sus caderas anchas, plegadas por un trabajo terrible, las piernas y los pies que soportaban semejante armazón. Aquel hombre recibía la orden, la ejecutaba, sin alegría, sin pena, sin cólera, y como una masa indiferente satisfacía la pasión de sus conciudadanos.

La primera adelantó sin temblar. Alto, pálido y de aspecto tan noble, que aunque hollara un suelo liso parecía subir escaleras. El verdugo tomó dos astillitas que hundió bajo los párpados del hombre. Saltaron los ojos, bolitas húmedas y ensangrentadas. Shakespeare, loco de horror, vió temblar la cara obscurificada. Pero el cuerpo seguía inmóvil. Los ayudantes diestramente lo desnudaron, cortando y lacerando las botas, los calzones, las correas de cuero de la casaca. Aquellos giros caían á tierra como la piel de muda de una serpiente grotesca. Quedó desnudo y de pie. A lo largo de su pecho velludo



una especie de *tatouage* figuraba una cruz negra y la Virgen.

Se oyó un clamer inmenso. El verdugo cogió de una estafita una espada deslumbradora, y rápida y delicadamente, como si preparara una carne exquisita y rara, recortó tiras de cuero que silbaban al paso del fuego. Primero el vientre, después el tórax, después los brazos, de los dedos al sobaco. Las bandas de piel se encogían y arrugaban. Un olor á quemado llenó el area aquella.

La multitud, hasta entonces atenta y tranquila, comenzaba á patear de gozo. Todo eran risas é insultos. Arrojabán al mártir las maldades de su raza, quejas vengadoras y la muerte de Guillermo el Taciturno. Las mujeres mezclaban al nombre maldito del duque de Alba el de sus padres y sus esposos, caidos en una guerra implacable. Caras levantadas suplicaban al cielo aumentar esos sufrimientos legítimos, el corte del acero y el ardor del fuego. Otras lloraban de recuerdo y de rabia. Los burgueses rechenchos, cruzados los brazos é inclinados ante aquel espectáculo, tenían caras socarronas. Esas torturas no les devolvían ni sus fortunas perdidas ni sus bajeles handidos en el fondo del mar, ni sus casas saqueadas; pero servían de un buen ejemplo. En cuanto á los Mendigos, guardianes de los prisioneros, estaban gastados sobre esas aventuras, y después de algunas miradas distraídas se pusieron á discutir, gesticinando mucho. Los más chillones fueron los niños, que se habían deslizado hasta el círculo trágico. Aplaudían, juraban y blasfemaban. Alentaban al verdugo y gozaban ruidosamente de cada detalle.

Shakespeare sentía una angustia atroz, unida á un acre y terrible placer. No era la atmósfera á la vez intrépida y cobarde quien le exaltaba á ese punto. No era esa concurrencia atiborrada de reivindicaciones crueles, oponiendo la carnicería á la carnicería. No era el espectáculo de aquel infeliz, acostado en el suelo y abigarrado de sangre, de quien se ocupaban en arrancar las uñas, aplastar los pulgares de los pies, atenazar los músculos vibrantes y romper los dientes á golpes secos de mazo. No; tantas sensaciones reunidas luchaban distintamente en su alma; pero por encima de ellas y más fuerte, como el

sol sobre esa obscura armazón angustiosa, brillaba el gozo salvaje del arte y del drama, de las más altas pasiones desatadas. En vano invocaba la piedad, que á veces descende para una mirada al perro ó al mendigo, para un niño que llora, para una actitud enervada, y á veces se queda inmóvil, muda, apretados los labios ante un homicidio y ante un montón de cadáveres.

—Ven—imploraba él—tú que me hiciste temblar, tú que á menudo sin causa llenas mis ojos de lágrimas y llenas de abnegaciones mi corazón, tú que me inspiras el sacrificio como rescate de tantas angustias, que de noche, despertado por un inexplicable grito lejano, siento vivas en derredor mío sobre la tierra. ¡Ah! compasión, descende en este minuto sobre mí! Disipa una voluptuosidad carnívora y mauchada.

Pero la piedad no respondió y el poeta, consumido por una ceguedad febril, continuó observando.

Sin duda quedaba muy poca vida en aquel cuerpo cubierto de innobles mutilaciones, porque un gemido rudo salió de la boca espumosa y torcida. En seguida, para cubrir esa debilidad, la sembría legión de españoles entonó un canto guerrero. El cadáver dejó de moverse. El alma había huido, irridada.

El siguiente cantaba todavía cuando el verdugo le recibió. Era delgado y enfermiso. Parecía un juguete en las manos del robusto holandés. Cantaba cuando le cortaron las orejas y la nariz que era larga y curva en su cara color de aceituna. El refrán, proseguido por los suyos, cubrió los aplausos de la multitud. Cantaba mientras le desarticulaban las rodillas y los codos y se les espolvoreaban de pimienta. Cantaba mientras sus pies se achicharraban sobre placas ardientes. Entonces el atormentador se aplicó á esa boca terca y la pesa de madera le distendió. Un ruido sordo indicó la rotura de las quijadas. Cayó al suelo, pero no quería morir y sus miradas siguieron vivas hasta el fin en su carne palpitante, como ocupados del solo ritmo intrépido en que se encarnizaban los otros.

El plomo se había ya fundido y fué el alimento del tercero. Al cuarto le cortaron la cabeza, después que le serraron los huesos. El verdugo y sus ayudantes no perdían el tiempo. Dedi-



cados á su activa tarea, parecían cuidar las víctimas de alguna horrible catástrofe, darles medicamentos y rodearlas de cuidado y afecto. Y esta áspera solicitud alineaba el cadáver al cadáver, reunía los miembros esparcidos, renovaba el faego de los hornillos, afilaba las espadas y repasaba los útiles.

Los doce afrontaron sin debilidad la tortura, hasta lo sublime, bajo los gargaños y las burlas de la asamblea indignada por constancia semejante. Su canción era cada vez menos sonora, pero persistía á pesar de sus sublimes desfallecimientos, y el último superviviente se burlaba todavía del verdugo con aquel refrán más fuerte que el suplicio. Fué, literalmente, hecho picadillo, cortado fibra á fibra, porque era el jefe, de continente altanero. Sonaron los pifanos. La multitud se acercó al sitio diario y los niños arrancaban cabellos de aquellos fragmentos unidos sobre el suelo rojo, como para un abominable juego. La atmósfera apóstaba. La fatiga y el asco dominaban el odio. Los trabajadores se lavaban las manos. Se ponía el sol y las aguas del Meuse se teñían de púrpura trasando un largo estandarte leonado.

La multitud se dispersó, unos con dirección á la ciudad, otros hacia los navíos á donde llamaban sus asuntos á los burgueses. Shakespeare notó que no hablaban ya del espectáculo. El mismo tenía la boca amarga, las piernas rígidas, el alma desierta. El asco le hacía indiferente al crepúsculo dorado, á la palpitación del pueblo en torno suyo, al horizonte rosado y límpido. Ah! el heroísmo terminaba en un lodo fétido. Una pirámide de cadáveres: tal era el cerco formado de esas partidas, de esos actos de fé, como decía el caballero John, de esas resistencias y de esos odios. Las pasiones más frenéticas no eran más que un minuto glorioso al borde de la tumba, un cántico entre picas y braseros, que comenzado trágicamente se hace poco á poco monótono. Los ojos se acostumbran á las llagas más inmundas; la nariz á todos los olores, la oreja á los peores gemidos. Pompa de jabón súbita del sér, que deforma y magnifica la naturaleza, el entusiasmo cae y se raja.

—Necesitaría la risa de Blacknaff para burlarme de todo á la vez: de ese público infame de holandeses, verdugos disfra-

zados de diablos, víctimas voluntarias, llegadas para causas absurdas en esos países donde todo lo es hostil. Falsas bellezas guerreras, de fondo de hiel y de visagre, animales cubiertos de corazas, erizados de picas y lacerados por otros animales. Delirio de la sangre que corre en ese cuerpo en donde un mal destino le aprisionó, busca sin cesar salir y para hacerlo, sugiere locas empresas. Bateas de sangre, toneles de sangre, serán bastante para la sed humana?

Que ante un crepúsculo análogo, sobre una playa inmensa y arenosa, los reunan á todos, los portadores del verbo, las bestias de cabeza recta y de manos que trabajan, que se les atiborre de ese licor qua emborracha, que se les atiborre á todos, los machos, las hembras y los hijos, como en una embriaguez, de cara á las estrellas, testigos de esa ergía estúpida, y que se duerman en seguida vomitando con sueño digno de ellos, des- embarazando la tierra de una raza impía y echada á perder!

De pronto oyó una voz dulce decir tras él:

—¡Velvéis á la posada, señor Shakespeare?

Era Eva, quien se dirigía rápidamente á la ciudad.

—Sí.

Os acompañaré entonces, porque también voy allá. Mi padre se alegrará mucho cuando le cuente el espectáculo.

Shakespeare pensó en la frase del caballero John: "Huele á catástrofe." Sintió repugnancia hacia aquella joven sangui- naria y respondió:

—A mí me ha parecido eso horroroso.

Ella se indignó y respondió sencillamente:

—Es que no le gusta á vd. la muerte.

Y al verle asombrarse:

—Soy una patriota, cierto, pero lo que me ha agradado más en ese suplicio, es la muerte misma. Aprecio la bravura ante ella.

Se quedó reflexionando y sus ojos azules se hicieron solemnes.

—Esos españoles han sido bravos. Me han arrebatado. Yo tenía ganas de ofrecerme al verdugo, de gritarle: "¡Cójeme!" ¡Ah! si yo hubiera tenido la edad, en la época terrible, ¡qué fin tan hermoso hubiera sido el mío!



Marchaban juntas y su saya verde le rozaba. El disco enorme del sol descendía lentamente en un palacio de llama. Ella lo señaló con el dedo en donde brillaba su sortija de oro:

—Miradle; ¿no es admirable cuando muere? Así pasa con todos los seres. Parece que sus ideas se hacen nobles y conmovedoras. ¡Esos hombres cantaban hace poco! Y yo temblaba. Lo que os cuente parécete extraño. Pero yo he nacido en los incendios y los homicidios y llevo quizás un signo fatal.

—Si estuviera aquí vuestro padre se espantaría. ¡Os ama tanto!

—¡Oh, mi pobre padre! no me conoce. Yo le he ocultado siempre mi verdadera naturaleza. Me conmueve deliciosamente cuando imagino su desesperación si por casualidad viera mi cadáver. Cuando era pequeña me entretenía en saltar desde alto, desde muy alto, á riesgo de romperme la cabeza, y gritaba: «Peor para mí.»

Y sonrío.

—El día mismo de vuestra llegada me habeis mirado con amor. Vereis que eso era una locura. Entre dos seres que se aman hay siempre hachones encendidos y viejos resando. Por eso está uno tan lejos del otro.

Estas raras frases, y esta voz melodiosa inflamaron al joven. Puso su mano sobre la fina mano pálida que se retiró dulcemente:

—Dejadla; es demasiado fría y no quiere calentarse. Señor, la muerte tiene un gesto y una fiera mirada. Casaos con ella y tendreis los caballos más ricos y las cosas más suntuosas.

El designó los canales mates en donde se acumulaba la luz, los navíos esbeltos, la ciudad zumbadora.

—¡Pero abandonar todo eso!

—¡Bah! es una puerta que uno empuja sin mirar tras sí. ¿Pensais siempre en la hora que se aleja, cargada de alegrías y juramentos, cuando pasais en la hora sin hora? Yo me figuro que en el país en donde están ahora los espafioles con sus cuerpos despedazados y sus caras torcidas, todo debe ser muy desligado y muy flojo.

Tuvo un lindo gesto, como si esparciera algo.

Los cosas flotan y son atravesadas sin que nada las retenga. ¡La muerte! ¡Ah! ella me tocará sin herirme, porque es una vieja amiga. ¡He pensado tanto en ella!

Llegaban á "La Escudilla de madera." Ella se alejó con una carcajada dolorosa. Al entrar en su cuarto, se encontró con el caballero John.

—Os esperaba, amigo—le dijo éste.—Os doy mi adios. Dentro de algunas horas, Rotterdam no será más que una palabra en mi memoria.

—¿Cómo? ¿partís?

—Sí. Me llaman. Además, sé ahora todo lo que me era necesario saber. Prolongar mi estancia aquí sería una vana imprudencia.

—Partís y ne habrá habido entre nosotros más que una simi-amistad, puesto que la mitad de vuestra cara queda en la sombra.

—¡Eh, eh! joven, sois curioso. Con vuestra naturaleza investigadora, os habeis preguntado en seguida: «¿Cuál es el misterio de este hombre? ¿Qué oculta bajo su fieltro de plumas? ¿Para qué esas ausencias, esas reticencias y esos vagos consejos? ¿Para qué este librito ofrecido cautelosamente?—Apropósito, le habeis siquiera hojeado?»

—Hablandocs francamente, me ha parecido insípido.

El caballero dejó ver en sus facciones una ironía considerable.

—Insípido; esa es la definición exacta. Insípido como ciertos frutos de los países tropicales que, dicen, nos quemán la boca, sin que nadie lo note, con un sabor apénas azucarado. Lo que os ha chocado, es la desproporción entre vuestras facultades imaginativas y los cortos preceptos morales que se os dan. Sabed que un libro que se dirige á todos debe tener clases para todos. Sin duda habeis tomado la mala; en fin, juzgaréis de eso más tarde. Tomad para el caso, en que vuestras peregrinaciones aventureras os condujeran á Alemania, esta carta que podrá seros muy útil.

Y le tendió un cuadrado de papel cuidadosamente sellado.



—Allegará Hamburgo, importante ciudad en donde hormigean los bateles, preguntad por la posada de *Las tres coronas*. Hallaréis en ella un enano asqueroso, el amo, con una formidable verruga amarilla en la frente. Al acercaros á él decidle antes que nada: *Semper olim*. Fué lo mejor de las presentaciones. Le entregaréis en seguida vuestra carta sobre la cual están las tres letras A, B, C, y él os indicará el destinatario, un personaje amigo mío, cuya conversación os encantará y cuya influencia os será útil.

—Gracias por esa prueba de interés—dijo Shakespeare cogiendo la carta.

—Más grande de lo que suponéis, querido amigo. A otra cosa. ¿Habeis oído hablar de unos infelices españoles torturados aquí hoy mismo?

—Asistí á su suplicio.

—Ah! Ah! ¿Han muerto bien?

—Admirablemente.

—Habeis notado uno pequeño, de tez verdosa, y de gran nariz?

—Sin duda. Es un héroe. Le han cortado las orejas, arrancado la quijada, rajado las rodillas, y partido la boca con la pera de angustia. ¿Pero qué tenéis? ¿qué palidez?

En efecto, el caballero John estaba horriblemente pálido; sus piernas temblaban y para permanecer de pie tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

—No es nada; una debilidad habitual y pasajera. Y ese niño se ha portado como un valiente?

—Con un valor antiguo. Cantaba, durante su martirio una canción rara con muchas sílabas en O que sus compañeros repetían á coro. No olvidaré nunca ese cuerpo flaco y palpitante, ni esas miradas horribles.

El caballero John hizo la señal de la cruz y cayó de rodillas. Su oración duró algunos minutos. Cuando se levantó, cogió de la mano á Williams y dijo sencillamente:

—Ese era mi hermano, mi pobre hermanito. Le he tenido en mis brazos y paseado sobre los caminos candentes, chiqueado, cuidado, educado en el temor de Dios y el desprecio de los

hombres. El cielo se abre para él. Sus verdugos tendrán su castigo.

—Yo sabía que era español—pensó Shakespeare.

Hubiera querido hallar algunas frases de consuelo, pero el peso de aquel día le dejaba mudo. Sacudió triste la cabeza.

—He aquí roto mi único lazo terrenal—continuó con voz sorda el caballero.—El señor ha querido aislarme aquí abajo y consagrarme á su único altar... *sin dejarse determinar por ninguna afección desarreglada*.... Bah! el libro no es insipido!... Adiós!

Se caló bien el sombrero de plumas, se ciñó la espada y salió con pase ligero.

Sucedió que á la mañana siguiente, á la hora del almuerzo, Eva, tan puntual siempre, no había aparecido.

El tío Moorels, angustiadísimo, se paseaba á lo largo por la sala de la posada, desierta á aquella hora. Shakespeare procuraba, en vano, consolarle.

—Alguna comadre la habrá retenido. Quizás ha ido á ver á una parienta.

El viejo sacudía la cabeza:

—No hay comadre ni parienta que la pueda apartar de sus hábitos. Teme mucho inquietarme. Sabe que el menor retrasamiento alocará.

Mandó á llamar á las criadas y les comenzó á hacer preguntas, colérico. Todas respondieron lo mismo:

—La señorita se ha ido al mercado con su cesta de provisiones. Y no ha dicho nada á nadie.

Moorels, diez veces seguidas, subió al cuarto de su hija: idea absurda, porque ella debía pasar por la sala. Y bajaba del cuarto, con rostro contristado. Por fin se sentaron á la mesa. Pero él no comía; y á cada instante salía al muelle, inspeccionaba el horizonte é interrogaba á las gentes que pasaban. Ninguno había visto á Eva.

La tarde se consumió en una vana espera. El viejo exaltábase cada vez más. Al principio, silencioso y concentrado, acabó por dar grandes suspiros: "¡Ah, Dios mío!" "¡Quiera el cie-



lo!"—Y sus ojos parecían aún más pequeños en su gran cara color de ladrillo. Apretaba el brazo de Shakespeare, porque se olvidaba de los desquidados bebedores, y le desenvolvía sus conjeturas, buscando él mismo explicaciones á aquel extraordinario retardo. El poeta recordaba la conversación de la víspera y se inquietaba mucho. Desde el suplicio de los españoles y los adioses del caballero John, tenía una sensación de angustia, como si en el aire flotara una desgracia.

—Eh, tío Moorels, un trago con nosotros!

—Ya vendrá tu hija. No se ha perdido.

—Ha ido á dar una vuelta con su novio.

—No es un pájaro salvaje. Sabe el camino del nido.

La noche llegó entre esos tormentos. El viejo no pudo más y fué á buscar á su hija. Shakespeare le acompañó.

Hubiérase dicho que bajo el esfuerzo de la noche y la impaciencia, la ciudad se desplegaba como un largo pergamino oscuro encerrando un ilegible secreto. Luces corrían sobre los canales como en busca de un drama misterioso. Las altas casas, bajo un cielo nebuloso, abrigaban muchas cosas ignoradas. Los navíos, los molinos ianómiles, siluetas oscuras y bárbaras, cuchicheaban entre sí historias trágicas.

El viejo y el joven corrían más que andaban. Moorels se dirigía á las patrullas, á los guardias de los puentes, á los bateleros retardados. Incansable, rehacía el retrato físico de Eva.

—Una joven blonda, de una belleza maravillosa, con un cesto. Es mi hija; mi hija!

Algunos acercaban su linterna á esos dos raros compañeros y viendo su sinceridad, hacían un gesto evasivo. Otros se reían, burlones. Otros, los amigos, daban consejos:

—Por aquí. Por allá.

Y los dos seguían su camino. Por todos lados, respuestas negativas. Un ébrie agarró á uno de ellos:

—Oid, yo conozco una joven blonda.

Moorels le dió un puñetazo. El ébrie retrocedió, alejándose.

Shakespeare vagaba por una ciudad de pesadilla, sin nombre, sin sitio y sin aspecto. Compartía las angustias del posadero. Estaba seguro de que su imaginación se flagia lo mismo

que la de Moorels y se figuraba á Eva ahogada, perdida, asesinada, alejada, capturada quizás por hombres crueles.

—¡Teneis enemigos!

—No; no creo. . . . . Ah, ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡que vergüenza!

Ante un portazgo, el aduanero se rascó la cabeza.

—¡Una joven blonda, con un cesto! Sí; creo que esta mañana. . . . Pero no estoy muy seguro de que llevase un cesto. Iba con ella una vieja.

—Recordad bien. Llevaba una bata de terciopelo.

—¡Una bata de terciopelo! Pasan por aquí muchas con batas de terciopelo.

En fin, no sabía nada más y á guisa de consuelo, añadió:

—Ayer me han robado un perrito que quería mucho.

Después de preguntar á los desconocidos fueron á ver á los parientes, amigos y amigas de Eva. Era tarde. Muchos estaban acostados. Los dos llamaban á las puertas y despertaban á la malhumorada vecindad. A veces se acercaba á ellos una vieja ó un hombre mal encarado, vestido descuidadamente y con una linterna en la mano. El posadero hablaba de una manera incoherente. Shakespeare llevaba la voz cantante. Pero nadie sabía nada. No habían visto á Eva desde la semana anterior, desde la antevíspera, desde la víspera. Fueron á la casa de la tía de la joven, á las de muchas primas, á la de un herrero cuyos obreros trabajaban ante una gigantesca llama roja, á las de comerciantes y á las de Mendigos que entreabrían desconfiados sus puertas.

Shakespeare estaba muerto de fatiga. No distinguía la cara de Moorels; pero el ruido de sus pasos era cubierto por una especie de sollozo continuo, y sus tranquilizadoras palabras quedaban sin respuesta.

Lo que sorprendía al joven era la indiferencia absoluta de todas las personas á quienes se dirigía. Oían que aquello era una chifladura de Moorels. Bajo todas las frases corría esta observación: "Cada uno tiene aquí abajo su lote de desgracias y de dichas. Conque no hay que aburrir á los demás." Aquellos burgueses eran duros, secos y egoístas. Estaban hacia algunos



años tan acostumbrados á la catástrofa, que lo pérdida de una joven no parecía una grave aventura.

Una vez fueron muy mal recibidos. Fué en casa de unos sobrinos y sobrinas con quienes Moorels estaba peleado hacia mucho tiempo, un rico salón de espejos, enmaderamientos, porcelanas, iluminado avaraments por un farolito.

—¿Qué nos importa!—respondió el hombre con una malvada sonrisa.

La mujer añadió:

—¿Nos la habéis dado á guardar?

Y otra vez en lo obscuro:

—Todo ha acabado entre nosotros.

Moorels creía que estos sabían más. Terco les pidió perdón, rogándoles le dijeran la verdad. Cuanto más humilde se hacía, más arrogante se alzaban los otros. Shakespeare dulcemente se lo llevó de allí.

Lloviznaba. Volvían cubiertos de lodo á *La escudilla de madera*. La posada estaba desierta. Las criadas no tenían noticia alguna. Fué una velada siniestra. Una de las mujeres dijo con timidez y como para cambiar la conversación:

—Se ha encontrado al verdugo con una puñalada en el corazón. Y ese puñal tenía la forma de una cruz.

William pensó en el caballero John. Pero esa noticia no hizo pestañear á Moorels. Estaba sentado ante una mesa, con la cabeza entre las manos, mudo, inmóvil. Y á intervalos regulares dos gruesas lágrimas saltaban de sus ojos, como proyectadas por los párpalos. En torno suyo, las criadas de la hostería hablaban en voz baja sin atreverse á irse á acostar. Se oía fuera la lluvia, semejante á un pateo. Los quinqués chisporroteaban en el techo.

Shakespeare, á quien esta velada ponía febril, combinaba la llegada del fantasma de Eva, blanca, discreta y solo para él visible. Tenía un dedo en la boca, sus ornamentos de oro brillaban con luz de ultratumba, fosforescente y vaga, y en su pie desnudo, de forma perfecta, llevaba un anillo de oro. Se acercaba á su padre y le besaba en la frente. En el espacio, palpación de alas; en el alma, una turbación sobrenatural,

una abertura á emociones nuevas y singular es que se aplicaban el encadenamiento de las cosas en el universo. El suplicio y el canto de los españoles, las palabras del caballero John, la desaparición de Eva, tales eran los anillos lúcidos de una cadena de plata de que parecía rodeado el fantasma, y que era la prisión del otro mundo. Las causas de aquí abajo eran como carceleras; y los dolores, como evocadoras. Porque el dolor de Moorels era manifiesto: una aureola descolorida en derredor de su cara. El dolor de los españoles era una bola roja; el del caballero John una bola azul. Esas esferas daban un sonido que era un melodioso gemido; se atraían y se rechazaban, pasaban, unas tras otras, de modo que sus matices se mezclaban. Después formaban signos, figuras extrañas, Eva consideraba esos sortilegios luminosos. Una sonrisa flotaba en sus labios finos y sin sangre. No hablaba, pero el poeta comprendía su lenguaje. No estaba tejido de palabras, sino de sensaciones sobreagudas y tan conmovedoras que se sentía como atravesado el corazón por ellas. Las bolas de dolor la rodeaban, se fundían en ella, la evaporaban y no quedaba ya en el espacio más que un velo impalpable, como una bruma, que una ráfaga de aire helado desgarraba de pronto. Era el frío del canal. Frío ácre y penetrante! Del seno de un amargo silencio subía el día en un cielo livido. Los mástiles eran raquíticos; los bajeles y las casas, de mal agüero; los molinos giraban velozmente, como movidos por una fuerza diabólica. En el horizonte del suelo se distinguían miembros esparcidos, instrumentos de tortura y sangre. Un gran gallo rojo salía de una calle. Su cresta llegaba á los arquitrabes de las casas. Se plantaba como un capitán ante la naturaleza desacreditada y daba su canto fatídico.....

Shakespeare se despartó, hinchados los labios, pesada la cabeza, *ankilosados* los miembros, ante la mesa de la posada. Los quinqués se habían apagado. Las criadas dormían en posturas grotescas y sus caras grasientas estaban aceitadas. El tío Moorels, con los ojos muy abiertos, había conservado su posición. Era completamente de día y la lluvia había cesado. De pronto, oyese un ruido de pasos que se detuvieron pesadamente. L'amaron á la puerta. Golpes duros, malvados, que penetran como cufia



á mazos, Nadie se movió. Siguiéron los golpes, más violentos, acompañados de un tumulto de voces y juramentos. Moorels no hizo un gesto, ni desvió la mirada fija y terrificada. Shakespeare se levantó y fué á abrir, después se apartó, rígido de horror, ante un espantoso cortejo.....

Sobre unas angarillas, llevadas por cuatro hombres pálidos y vestidos de cuero, estaba estendido el cadáver de Eva. Sin sábanas—sin que hubieran tomado precaución alguna con ella—estaba allí, tal como la habían sacado del canal, después de una estancia de algunas horas, hinchada y torcida la cara, desconocida, sus blondos cabellos enmarañados y desanudados, sus vestidos pegados al cuerpo. Sobre su vientre enorme, su saya de terciopelo verde formaba algunos gruesos pliegues húmedos. Tenía los párpados medio cerrados, los labios enormes y la nariz muy afilada. Sus ornamentos de oro habían desaparecido y su encaje pendía en largos desgarrones.

Los criados despertaron sobresaltados, y frotándose los ojos comenzaron á gritar. Corrían alrededor de las angarillas, y los mozos de cuerda se explicaban por cortas frases brutales:

—Su casto flotaba. Uno que pasaba nos avisó. Ah! qué pesado estaba!

Shakespeare miró á Moorels. El viejo, que se había quedado inmóvil, petrificado, se puso de un salto en pie. Parecía que el cielo continuaba el sueño atroz que le abrumaba hacía largas horas. Como un autómatas deforme, se acercó al desgraciado resto de la que fué su hija, y allí, trágico centinela, la consideró largo tiempo. Sus miradas estúpidas, vacías de toda expresión, oscos fanales sobre un desastre, iban de la cabellera descolorida á los piecitos rígidos. Por un fenómeno inmediato, la grasa de su cara se había diluido, de modo que llevaba una nueva máscara pálida y decaída, surcada de blandas arrugas. Su cabeza oscilaba de arriba á abajo en un temblor continuo. Su ancho pecho se alzaba con esfuerzo, y en el silencio de las plañideras se oía un silbido breve.

Los hombres de las angarillas se fueron. La escena quedó libre para la desesperación. William tenía envuelto el corazón

en un sudario húmedo. La compasión llenaba su tór. El viejo le aterraba. Le tocó la espalda. Moorels se estremeció como alguien que agoniza en una noche de invierno. Por la primera vez sus ojos salieron de los limbos, y con voz débil, más débil que nunca, murmuró:

—Desde ayer le sabía. ¡Qué linda está muerta!

Sublime error en que se refugiaba la más loca ternura en el desplome de aquel palacio de carne, con su cúspide de cabellos blondos, de ventanas azules, de puertas virginales. Shakespeare sintió las lágrimas subir de las regiones profundas de su sér, que aun no iluminaba la inteligencia. Aunque su belicosa imaginación, sin saberlo, forjase todos los dramas posibles, y hubiese, desde las primeras manifestaciones de aquel desmesurado amor fraternal, combinado su sueño, no había previsto esa ilusión perseguida más allá de la muerte, adernando el cadáver de flores prestadas. Aistía á un suplicio más refinado que el de los españoles y el dolor atravesaba ahora delicadas regiones morales que no alcanzaban ni el fuego, ni el plomo, ni las mazas, ni les tenazas.

—No necesitas hablar, invocar los dioses por largas faltas falsamente sinceras, deplorable viejo, peor que un cadáver, puesto que sufres todavía. Sigo las sacudidas de tu alma, sin que agite el recuerde y los primeros años suaves de ese cuerpo gracioso que el agua deforma, sea que recuerdes á tu mujer, á la madre ausente, y suponga una desesperación gemela, sea que mire al porvenir perdido, el esposo en brazos de la esposa, cuya sortija es un signo nuevo, los años rechónchos, la dicha embalsamando la pasión, llena de un gozoso tumulto. Siempre llamea la fórmula terrible: eso hubiera podido no ser. Así como el jugador desgraciado, construyes un destino diferentes y restableces los hechos como eran antes de la catástrofa, engañando tu corazón por tu espíritu y tu espíritu por tu memoria.

Pero estas conjeturas eran falsas. Moorels adoraba demasiado á su hija. No podía ver más que la imagen inmediata de la ahogada. Su cerebro, por una vuelta completa de su egotismo, último término de los sentimientos desesperados, daba



vueltas á esta duda: ¿Ha pensado, al morir, en mí ó en otro. Sus celos le asían á este último vestigio de una existencia pura y dulcísima. No esperaba que el despojo se levantara ó se moviera débilmente. No esperaba, en su actitud siniestramente contemplativa, que un milagro resucitara la mirada, el gesto ó el verbo. Esperó la certidumbre.

Entretanto, las criadas continuaban su *chillería*, porque con ella se debe acoger todo desastre. El posadero dió un orden breve:

—Llevadla á su cuarto.

Bien pronto, la escalera gritó bajo el negro cortejo.

Mientras la desnudaban y la adornaban para los gusapos, Moorels, en la habitación de al lado, invocaba el remordimiento continuo, monótono y roto:

—La amaba demasiado y atraía la desgracia. ¡Cada vez que mi pensamiento se fijaba en ella era con tanta violencia!... ¡Mi amor ha sido homicida!

Shakespeare esperaba una crisis de desesperación ruidosa; pero no vino. El pobre hombre conservaba toda su razón y desenvolvía un monólogo dulce:

—¿Por qué ha hecho eso? No tenía ni pena ni contrariedad alguna. Todo el mundo la amaba. En cuanto se la veía, se la quería. ¡Vuestro corazón no se agitaba dulcemente ante ella! Todo, todo ha terminado.

Sus ojos estaban secos. Había largas pausas durante las cuales reflexionaba:

—Estoy tan débil que quizás no tendré el valor de matarla. Mañana, ó pasado mañana, ó un día cualquiera; esperaré y veré. Creo que mi vida se ha estrechado. Ahora es pequeña, pequeñita, y colocada no sé dónde en mi cuerpo. Cabría en un dedo. Estais viendo un niño, un verdadero niño.

No había querido que su hija fuese expuesta á las miradas de los otros.

—Preferiría que nadie la hubiese conocido, que fuese una chica educada salvajemente en una gruta como las que deben ser un día reinas. Era mi reineta perpetua.

Se oía el ruido seco de un martillo. Shakespeare se estremeció.

—No tembleis y no trateis de hablar alto para cubrir ese ruido del martillo. Yo ni siquiera la he visto antes de que la pusieran en la caja. Es inútil. Lo que me hace falta es mi Eva de todas las mañanas, fresca y risueña, cuando entraba en mi cuarto.

Los golpes persistían, implacables. Recordaban al poeta los que dieron por la mañana en la puerta. Todas las angustias se anuncian y se terminan por un choque. La calma de Moorels le impresionaba más que un frenesí ruidoso:

—Hé ahí la extremidad del sufrimiento. Vuelve casi á la quietud. El horrible círculo se cierra siempre.

Pensaba también que un ideal sobrepuja algunas veces las más caras afecciones. El caballero John no había ovocado más que la venganza. Madres antiguas habían sacrificado sus hijos á la nación, inmolado á los dioses esa parte de sus entrañas, á fin de obtener presagios dichosos. Tal hubiera podido ser algunos años antes el caso de Moorels. Shakespeare dijo en voz alta:

—¡Si hubiera la pobra muerto por la patria!

El pobre posadero sacudió la cabeza, en la que parecía bailar toda su carne lacia, y replicó:

—Si mi patria tuviera un cuello y su muerte pudiera dar la vida á mi Eva, degollaría la patria con mis manos.

Por la noche tuvo lugar la comida de los funerales. Fue servida en la gran sala y todos los parientes asistieron á ella. Llegaban con una afectación de sorpresa disipada casi en seguida, en cuanto circularon las carnes y las copas. Shakespeare reconocía á muchos á quienes él mismo había despertado en el curso de la lúgubre persecución. En medio de la mesa estaba sentado, semejante á un espectro, Moorels, y sus ojos tenían la misma superficie fría, sus raros gestos de dislocaciones extrañas. Estaba allí como perdido en medio de todos aquellos indiferentes, las mujeres de grandes *toilettes*, cubiertas de oro y encajes, los hombres robustos y llenos de vida, di-



simulando mal su jovialidad bajo un aspecto reservado. Primero cuchichearon y el nombre de Eva estaba en todas las bocas. Alababan, según costumbre, su benevolencia y su hermosura. Cada cual recordaba algo á propósito de ella. William, entre dos fuertes holandesas, cuyos codes desnudos tocaban los de él, sufrió la avalancha de las penas, de las preguntas, de los ociosos detalles. Respondía por monoslabos, porque sentía la mentira y no se ocupaba más que del padre, quien no comía, no hablaba, y proseguía su lúgubre sueño interior. Su pensamiento subía así al piso en donde reposaba, sólidamente encerrada en su ataúd, la más flexible silueta de jovencita, cuya piel frágil se descomponía ya.

Poco á poco la reunión se hizo ruidosa y se ocupó del verdugo á quien habían hallado muerto con un puñal en el corazón. La forma de aquel puñal, la concordancia del atentado y del suplicio de los españoles, la infernal destreza con que se habían aprovechado del sueño y de la embriaguez, revelaba la mano de los Jesuitas. Desde la muerte del Taciturno, se sabía que rodaban por Holanda y su nombre solo era un terror.

La puerta, á causa de la cálida temperature, había quedado abierta. De vez en cuando se oía una voz lamentable. Un mendigo, cubierto de harapos, imploraba la caridad de aquellos á quienes ablanda la desgracia ajena. Entró un vendedor de bebidas. Proponía que le compraran una copia sobre la pérdida de su niña querida, y para mostrar sus talentos castó las flores que el granizo ha dejado, las estrellas apagadas por las nubes y el paraíso en todos se reunen. Era un hombre de cabeza fatigada, profesional. Sus frases forzadas inspiraban un gran asco á Shakespeare, pero parecían satisfacer á los convidados. Las damas movían dulcemente sus tocas y los burgueses tomaban aires graves y enternecidos, paseaban sus miradas, húmedas por el jolgorio, del coplero al posejero impasible. Todos se asombraban de su sequedad. Esperaban que fuera más clásico, más conforme á la imagen tumultuosa que se habían hecho de su desesperación.

De pronto hubo como una oleada. Un joven saltó de la sala, derribando á algunos y precipitándose á los pies de Moorels.

—¡Perdón! perdón! Soy yo quien la ha matado! Perdón!  
El estupor hizo dar un salto atrás al viejo. El joven se puso en pie y se pudo ver su rostro osado, su talle esbelto. Juntó sus manos á hizo su confesión con voz fuerte en medio de la sorpresa general.

—Nos amábame hacia un año. Ella y yo, yo y ella, queríamos casarnos. Eramos prometidos y le había hecho un regalo. Pero su cruel padre se opuso.... Oh! me perdonareis! Cuando ha sabido que era imposible, me ha rogado que muriéramos.

El acento de su voz se hizo trágico y cortado de rollozos. Su fiera cara se inclinó á tierra.

—“Morir los dos, los dos,” me repetía sin cesar, en nuestros paseos y en nuestros besos. Me decía que amaba la muerte tanto como á mí, que la deseaba y la llamaba. Acabé por querer lo que ella quiso. Habíamos resuelto.... Ella se arrojó la primera.... su lindo cuerpo se hundió en el agua fría del canal. Oh!....

—Y tú!—rugió Moorels.  
—Ah! escuchad todos esto y que Dios me condene! No he tenido valor para seguirla; le había jurado por lo que hay de más santo; le había jurado contra su dulce pecho, bajo sus miradas. Y no he podido. He tenido el vértigo. He corrido todo el día como un loco y he sabido que la habían encontrado. Má-tame, viejo. Libértame de una vida infecta. Arráncame á un súcic destino de perjurio y mi alma te bendecirá!

Su aspecto era soberbio. Parecía vibrar. Los convidados se habían puesto de pié en actitudes diversas pero ennoblecidas y el entusiasmo animaba á Shakespeare.

Los ojos de Moorels habían vuelto á hallar la vida. Contentaba ardientemente al joven, primero con furia, en seguida con piedad, y cuando hubo acabado se quedó silencioso algunos segundos. Luego, con esfuerzo sincero, le mostró un asiento á su lado:

—Siéntate aquí, puesto que ella te ha amado, y come con nosotros.

Añadió después, con un largo suspiro y una voz ahogada, avergonzada, apenas perceptible:

—Yo, su padre, tampoco he tenido valer!....